

INTIMIDAD DEL AGUA

Arcadio Ortega



Arcadio Ortega Muñoz, (Granada, 1938), de la Academia de Buenas Letras de Granada, ha publicado los **poemarios**: Existir es el

verbo, Casta de soledad, Ángeles sin sexo, Cuando la mar se vuelve fría, Los bordes de la nada, Biografía de la luz en Granada, Notas para un libro de ausencia, A nuestros muertos, El fondo del espejo, Alpujarra. Fuente de luz, Granada: crónica de un desguace, Ocaso en Granada, Áncora del tiempo, Existir en las horas y La hora del té; las **novelas**: Evasión de capital, Viento del sur, Candidato Independiente, El hijo del presidente, Los juguetes del yuppi, El retorno de las rosas, El silencio de Laura, El testamento y Ayer cumplí 89 años; los **relatos**: Café Suizo y Granada a cinco voces; y los **ensayos**: Andaluces con paisaje, La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias y Intrahistoria de la Academia de Buenas Letras de Granada en su primer sexenio.

AL BORDE

EN el sencillo limo
donde retozan aguas del arroyo,
en el filo del mirto que recuadra la alberca,
en el quicio que escorza un geranio espigado,
el último silencio que guardan unos labios,
ahí,
al borde de la acequia que se estremece y canta,
al borde de los setos que prolongan las yedras,
en ese ventanal que se amansa a la vega,
al borde del amor que pronunciamos
si es que tal vez se dijo;
al borde de la media tarde,
de la media luz,
de la media espera,
el beso nos desborda por sus bordes
bordeando la paz,
la entrega
y la esperanza.

Cuando tú reclamabas,
como todos los labios de la tierra,
la dicha tangencial y suave
que soñada llegase a tu aposento
para permanecer,

para quedarse en estado de luz
como un rocío que anunciara futuros
ya para siempre urgentes,
yo estaba allí esperando.

Y puede que esos besos
que se posan sencillos sobre la piel sencilla
de otros labios que esperan,
que marcan la distancia del mirar al sentirse,
no tengan más mensaje que el amor ofrecido,
que expresar temblorosos la palabra omitida,
que tal vez ser consuelo
en el instante justo en que la despedida
los sumerge en la espera de otro beso esperado;
de ese beso impaciente
que siempre se reclaman y se deben
por siempre los amantes,
mientras viven el sueño de volver a los besos,
que siempre serán pocos
aunque no tengan tasa.

Hoy quiero recordar con qué ternura
se desató en las almas aquel beso primero,
aquél que sin pensarlo se desgranó un
instante
cuando apenas conscientes se hablaban
inconsciencias

que el beso no recuerde que sigue siendo sueño,
espera
y esperanza
del instante perpetuo que se quedó en suspiro
al borde de la luz,
al borde de la fuente que mana estremecida,
que arrulla y adormece;
al borde de esa línea de sol y de penumbra
que filtran los laureles;
al borde,
siempre al borde,
bordeando nuestros labios
como si fuese el alma la que ofrece sus bordes.

TORMENTA DE VERANO

HUELE a tierra mojada y aún es julio.
Una tormenta extraña me ha dejado
en despliegue de otoños los parterres
como si, acaso, quisiera recordarme
que ya viene el invierno de mi vida
blandiendo los silencios y la turba
de soledad, de ausencias y de sueños.

Huele a tierra el jardín y en el estanque,
hay una verde brisa que en sus ondas
lo deja como un mar recién regado,
pulido en la nostalgia del verano
donde vengo a esperar que se consuma
esta vida de sombras desoladas
que ya no tienen gloria ni futuro,
que mueren en las ansias del recuerdo.

Estoy solo, pensando, ensimismado,
en oler el otoño que se escancia
en esta tierra cuna de nosotros,
donde crecieron hijos y los nietos
llegan con su ilusión alguna tarde,

aplazando la espera, por si acaso
a Dios se le pasara reclamarme,
al menos hasta el sol de primavera,
donde quiero besarte nuevamente.

EL TÉ

LA tarde, la ocasión. Las aspidistras
circundando la fuente,
acompañando,
creando un bosque insomne de hojas
verdiagudas
que rebrillan las sombras en la humedad del
patio.

Un surtidor, altivo y lúdico,
derrama los efluvios de luz que desde el cielo
filtra la claraboya donde el gris se diluye.

Suena en francés la música y el barman
nos sirve un té muy noble, aguado y en su
punto.

Sólo silencio y paz se percibe inconsciente
donde el aire acelera la tormenta anunciada.

Tú llegas presurosa
para decir amor con la sonrisa clara,
así, sin condiciones, levemente,
y hay un latir de estrellas pavorosas y humildes
que juegan a comparsas.

Me aseguro que está la eternidad en los ojos,
tu cuerpo,
mi presencia y la noche.

Puede morir la tarde, ya no importa.
Y entonces bebo el té diluido en sus oros
como si fuera el día del principio de entonces.

LA ESPERA

HAY un jardín contrito que espera de tus pasos,
las flores primavera soñando que las mires,
el sol travieso y núbil oculto entre laureles;
y yo que estoy esperando.

Hay placetas y calles reclamando tus huellas,
iglesias-monumentos que aguardan las visitas,
museos impolutos por si acaso llegaras;
y yo que estoy esperando.

Hay ciudades que tienen el corazón abierto,
los caminos transidos por si quieres cruzarlos,
las canciones y mapas ofreciendo sus almas;
y yo que estoy esperando.

Hay un mar que se acrece, se agiganta y se
humilla,
que esparce caracolas por si tú las escuchas,
que tiene olor a algas entre tantos azules;
y yo que estoy esperando.

Hay caminos que llevan a grandes latitudes,
y silencios de alcoba al lado de la alberca;
quimeras y viajes, y esperanzas continuas;
y yo que estoy esperando.

YO TENÍA LA VOZ

YO tenía una voz perdida entre palomas,
una voz que sonaba a madre selva;
una voz que nació de la esperanza
de mi puesta de hombría,
de la espera.

Yo tenía la voz
sumida en un murmullo
de pájaros cantores, de magnolios
que espigaban el alba y lo dormían
en el satén de cielo que me cubre la casa.

Yo tenía en la voz recuerdos de agua virgen,
torreteras de nieve, cataratas
perdidas en los lagos abismales,
sin apenas la mácula
del sueño.

Yo tenía la voz
pero me fue naciendo
como un grito de angustia yugulante,
una sombra en cilicio que taraba
los gorjeos sin sed de mis palomas niñas.

Yo tenía la voz en el rincón que escribo
-este mismo lugar donde me encuentro hoy-,
en el ángulo justo de mi vida,
del soñar indecible
del crepúsculo.

Yo tenía la voz
-apenas nada más-,
una olvidada azul melancolía,
el hueco acomodado a la esperanza,
las otras tantas cosas que decían los amigos.

Yo tenía la voz y un juego de futuros,
la nostalgia y el mundo por delante,
las sinrazones cuerdas, juveniles,
mucho de fantasía
y la verdad.

Yo tenía la voz
y todo lo que he dicho;
pero entreabrí la puerta dócilmente,
con levedad novicia, prematura,
y me taró la vida del viento de la calle.

AL CRUCE DE LA CALLE

PASASTE
como pasa la sombra de una duda
sobre el limo finísimo de encajes
que conforman los besos olvidados,
la pasión desatada en su desguace.

Pasaste persuasiva, pero errante,
dejando en la mirada las preguntas
que ya no importan nada
ni reclaman la luz de otros instantes.

Pasaste
como un espectro vivo que aturdiría
la luz neón de los escaparates,
dejándome indolente, deshojado,
perdido en el confín del disparate.

Te cruzaste, mi amor, y sin quererlo
creí que aún podría, como antes,
decir tu nombre y que volvieras,
como si fuera historia de otras tardes.

Pasaste lentamente
y me encontré aturdido,
pero por fin pasaste.

EL POETA PIDE UN HUECO EN SU TIERRA

QUIERO morirme
al borde
de la Alhambra.

Fundiéndome en las sombras
de su altura,
cuando la tarde
corte su campana
y el muro de sus grietas
se quebraje
de la escarcha que llora en
madrugada.

A la sombra
del canto de sus luces,
del reborde opalino
de sus aguas,
de todo el bosque umbrío
que se mece
con sabores de mármol
y guirnaldas.

Peregrina de besos
presentidos,
a su vera,
en el monte,
como garza,
correteando por surcos
y veredas
se perderá
mi alma.

Un cántico
de paz,
canción profunda y clara,
dirán sus surtidores
-mi esperanza-
mientras que entre sus torres
mañaneras,
me iré con sol de tarde
por el agua.

PAISAJE

VIBRA la luz su altura
para alcanzar el paso de las sombras
y retoñar
ese brillo sutil del ritmo de las ramas.

Una nube de espasmo
acorta la inclemencia que perfilan las flores,
mientras liban abejas
en el cenit supremo del color
donde el azul se eclipsa.

Hay un punto galáctico
que se espejea en los campos.
La tierra tiene el oro hendido en sus besanas
y en los troncos maduran
espermas diamantinos.

Haces en borbotón
cortan la mies, la tarde y la esperanza,
mientras vierte la vida
el gajo de su vuelo.

Los pinos son la paz impresionista
que puntea de verde los collados.

Y la nieve es secreto
para el tiempo
que se estrella mordaz en el azogue
de la luz infinita de la tarde.

Son los ocres
los que pulen las brisas, las brumas, las
neblinas,
y donde los almendros,
con su llovizna cana,
deshacen sin querer la luz en mil jirones.

Un espadón de sol surge implacable,
como un geyser de amor que se elevara
hasta alcanzar la altura de un silencio.

Arabescos en sombra,
son un hueco al latir de los ocasos
donde rompen en juego persuasivo
los gritos inmaduros del celaje.

Por las vaguadas las nieblas han huido,
un rayo sideral
se despereza
muriéndose en la ojiva de la charca.

Es un canto simétrico a la altura
que acuchilla tenaz cada misterio.

Cuando al fin cabriolea el fuego en
 lontananza,
la sierra pone el haz de la pendiente
donde se escancia en sangre
el violento pleamar de tanta vida.

Un álamo se asoma
por si acaso es posible su escorzo en el
 espejo.

